

DISERTACION VI.

CULTURA DE LOS MEXICANOS.

SIEMPRE enfurecido contra el Nuevo-Mundo Mr. de Paw, llama bárbaros y salvajes á todos los americanos, y los juzga inferiores en sagacidad é industria á los pueblos más toscos y groseros del antiguo continente. Si se hubiese satisfecho con decir que las naciones americanas eran en gran parte incultas, bárbaras y brutales en sus costumbres, como fueron antiguamente muchas naciones de las que ahora son las más cultas de Europa, y como son en la actualidad muchos pueblos de Asia, de Africa y de la Europa misma; que sus artes no estaban tan perfeccionadas, ni sus leyes eran tan buenas ni tan bien ordenadas; que sus sacrificios eran inhumanos, y algunos de sus usos extravagantes, no podríamos ciertamente contradecirlo. Pero tratar á los Mexicanos y á los peruanos como á los caribes y á los iroqueses; colocar en la misma línea su industria, desacreditar sus leyes, despreciar sus artes, y poner aquellas activas y laboriosas naciones en el mismo pié que los pueblos más toscos del antiguo continente ¿no es esto obstinarse en el empeño de envilecer al Nuevo-Mundo y á sus habitantes, en lugar de buscar la verdad, como parece prometerlo el título de *Investigaciones filosóficas*?

Llamamos hoy bárbaros y salvajes á los hombres que, conducidos más bien por el ímpetu de los apetitos naturales que por los dictados de la razón, ni viven congregados en sociedad, ni tienen leyes para su gobierno, ni jueces que decidan sus derechos, ni superiores que velen su conducta, ni ejercitan las artes necesarias para remediar las miserias de la vida: en fin, los que no tienen idea de la Divinidad, ó á lo ménos carecen de un culto establecido para honrarla. Los Mexicanos, todas las naciones de Anáhuac y los peruanos, reconocían un Sér Supremo y Omnipotente, aunque su creencia era, como la de otros muchos pueblos idólatras, un tejido de errores y supersticiones. Tenían sin embargo un sistema fijo de religion; sacerdotes, templos y sacrificios; ritos encaminados al culto uniforme de la Divinidad. Tenían reyes, gobernadores y magistrados; ciudades y poblaciones tan grandes y tan bien ordenadas, como haér ver en otra disertacion. Tenían leyes y costumbres, de cuya observancia

cuidaban las autoridades públicas. Ejercían el comercio y se esmeraban en hacer respetar la equidad y la justicia en sus tratos. Sus tierras estaban distribuidas, y aseguradas á cada uno la propiedad y la posesion de su terreno. Practicaban la agricultura y las otras artes, no solo las necesarias á la vida sino tambien las de deleite y lujo. ¿Qué más se requiere para sacar á una nacion del catálogo de las bárbaras y salvajes? “La moneda, responde Mr. de Paw; el uso del hierro, el arte de escribir, el de construir navios y puentes de piedra, y el de hacer cal. Sus artes eran imperfectas y toscas; sus lenguas escasísimas de voces numerales y de términos capaces de expresar las ideas universales; se puede decir que casi no tenían leyes, porque no puede haberlas donde reinan la anarquía y el despotismo.” Cada uno de estos artículos exige un exámen particular.

MONEDA.

Mr. de Paw decide que ninguna nacion de América era culta y civilizada, porque ninguna usaba de moneda; y para probar la exactitud de su consecuencia, alega un pasaje de Montesquieu. “Habiendo naufragado Aristipo, dice este escritor, se salvó á nado en una playa, y al ver delineadas en la arena unas figuras de geometría, se llenó de júbilo, conociendo que había llegado á un pueblo griego y no á una horda bárbara. Imagináo que llegáis por acaso á un país desconocido; si encontráis alguna moneda, no dudeis que estais en un país culto.” Pero si Montesquieu infirió sensatamente la cultura de un pueblo del uso de la moneda, Mr. de Paw infiere muy insensatamente de la falta de moneda, la falta de cultura. Si por moneda se entiende un pedazo de metal acuñado con el busto del rey, ó con un sello ó signo público, es cierto que su falta no supone barbarie en una nacion. “Los atenienses, dice el mismo Montesquieu, porque no hacian uso de los metales, se servian de bueyes en lugar de moneda, como los romanos de ovejas:” de donde viene el nombre de *pecunia*; pues en la primera moneda acuñada de los romanos, se puso la imágen de la oveja, en recuerdo del objeto que había servido ántes para sus contratos. Los griegos eran sin duda una nacion bastante culta en tiempo de Homero; pues no era posible que de un pueblo inculto se alzase un hombre capaz de componer la Iliada y la Odisea, poemas inmortales, que despues de veintisiete siglos, no cesan de ser admirados, aunque nadie ha sido parte á imitarlos todavía: y sin embargo, los griegos de aquellos tiempos no conocían la moneda acuñada, como se echa de ver en las obras mismas de aquel poeta, el cual, cuando quiere significar el valor de alguna cosa, no lo expresa de otro modo que por el número de bueyes ó de ovejas que valia. Así es como en el lib. VII de la Iliada, dice que Glauco dió sus armas de oro, que valian 100 bueyes, por las de Diomedes, que eran de cobre y no valian mas que nueve. Donde quiera que habla de un objeto adquirido por contrato, se expresa en términos de cambio ó permuta. Por esto en la antigua controversia suscitada entre las dos sectas de jurisconsultos, sabinianos y proculianos, los primeros sostenían que podia haber verdadera compra y venta sin precio, y en su apoyo citaban ciertos versos de Homero, en que se llama compra y venta lo que no era realmente mas que el cambio de una cosa por otra. Los lacedemonios eran un pueblo civilizado de Grecia, sin embargo de carecer de moneda, pues una de las leyes fundamentales de Licurgo, era que no se comerciase de otro modo que por permutas.¹ Los romanos no tuvieron mo-

¹ “Emi singula, non pecunia, sed compensatione mereium jussit.”—JUSTIN., lib. III.

neda acuñada hasta los tiempos de Servio Tulio; ni los persas, hasta el reinado de Darío Histaspes, y nadie habrá que llame bárbaros á unos y á otros en los tiempos que precedieron á aquellas dos épocas. Los hebreos estaban civilizados á lo ménos desde el tiempo de sus jueces, y no sabemos que conociesen la moneda hasta los de los macabeos. Luego la falta de moneda acuñada no es prueba de barbarie.

Si por moneda se entiende *un signo representativo del valor de todas las cosas*, como lo define el mismo Montesquieu, es cierto é indudable que los Mexicanos y todas las naciones de Anáhuac, excepto los bárbaros Chichimecas y Otomites, se servían de moneda en su tráfico. ¿Qué otra cosa era el cacao, que constantemente empleaban en el mercado, para adquirir lo que necesitaban, sino un signo representativo de todas las cosas que se adquirían por su medio? El cacao tenía su valor fijo: se daba por número; y para ahorrarse el trabajo de contar cuando la mercancía importaba un gran número de almendras, ya se sabía que cada saco de cierto tamaño contenía tres *xiquipillis* ó 24,000 almendras. ¿Y quién no confesará que el cacao es mucho más conveniente para signo representativo que los bueyes y las ovejas de que se servían los griegos y los romanos, y la sal que en la actualidad tiene el mismo uso entre los abisinios? Con un buey ó con una oveja no se puede adquirir un objeto de poco valor, y cualquiera enfermedad ó accidente que le sobreviniese, podía empobrecer fácilmente al que no tenía otro capital. "Empléase el metal en la moneda, dice Montesquieu, á fin de que el signo sea más durable. La sal de que se sirven los abisinios, tiene el inconveniente de una diminucion progresiva;" el cacao por el contrario, podía servir para toda especie de valores, se trasportaba y custodiaba más fácilmente, y se conservaba con ménos peligro y sin necesidad de tantas precauciones.

El uso del cacao en el tráfico de aquellas naciones, podrá parecer á algunos un verdadero cambio; mas no era así: pues habiendo varias especies de cacao, no usaban como moneda el llamado *tlalcacahuatl* ó cacao menudo, con que hacían sus bebidas ordinarias, sino más bien otras especies más comunes, y ménos aptas para servir de alimento, las cuales corrían de mano en mano, y casi no se aplicaban á otro fin que á las transacciones mercantiles. De esta especie de moneda hacen mencion todos los historiadores de México, tanto españoles como indios: de las otras cuatro especies mencionadas en el libro VII de esta Historia, hablan Cortés y Torquemada. Cortés afirma en su última carta al emperador Carlos V, que habiendo hecho muchas indagaciones acerca del comercio de aquellas gentes, halló que en Tlachco y en otras provincias se servían de moneda. Si no hubiese oído hablar de *moneda acuñada*, no habría limitado su uso á Tlachco y á otras provincias: pues bien sabía, sin necesidad de hacer nuevas investigaciones, que en los mercados de México y Tlaxcala, á los que muchas veces había concurrido, se servían, como de moneda, del cacao, de unos pedazos de tela de algodón, que llamaban *Patolquachilli*, y del oro en polvo, puesto en plumas de ánade. Yo sospecho, sin embargo de lo que he dicho en aquella parte de mi Historia, que habia verdadera moneda acuñada, y que tanto aquellas piezas delgadas de estaño de que habla Cortés, como las de cobre, hechas en forma de T, que menciona Torquemada,¹ tenían algun sello ó señal, autorizada por el rey ó por los señores feudatarios.

¹ En la misma capital de México, en que se acuñan hoy 18 ó 20,000,000 de pesos al año, en oro y plata, emplea todavía la gente pobre el cacao para comprar algunas frioleras en el mercado.

Para evitar todo fraude en el comercio, nada podía venderse fuera del mercado, si no es los comestibles ordinarios; y en aquel sitio, como ya he dicho, y como consta por testigos oculares, reinaba el mejor orden que puede imaginarse. Había medidas prescritas por los magistrados; comisarios que giraban por todas partes observando cuanto ocurría, y jueces de comercio encargados de conocer en todos los pleitos que se suscitaban entre los comerciantes, y en castigar los delitos que se cometían en el mercado. ¡Y en vista de todos estos datos habrá quien diga que los Mexicanos eran inferiores en industria á los pueblos más groseros del antiguo continente, entre los cuales hay algunos tan embrutecidos y obstinados en su barbarie, que no ha bastado en tantos siglos el ejemplo de las otras naciones para darles á conocer las ventajas de la moneda!

USO DEL HIERRO.

El uso del hierro es una de aquellas circunstancias que Mr. de Paw exige para llamar culta á una nacion, y por falta de ella cree bárbaros á todos los americanos. Así que, si Dios no hubiese formado aquel metal en las entrañas de la tierra, todo el género humano merecería el título de bárbaro, segun el modo de raciocinar de aquel filósofo. Pero en la misma parte de su obra en que echa mano de este argumento contra los americanos, nos suministra todos los materiales que se podían apetecer para rebatirlo. Afirma "que en todo el territorio de América se hallan pocas minas de hierro y el que hay es de tan inferior calidad al del antiguo continente, que apenas se puede emplear en hacer clavos; que los americanos poseían el secreto, perdido en el antiguo continente, de dar al cobre un temple igual al del acero; que Mr. Godin mandó en 1727 (quiere decir, en 1747, pues en 1727 aun no había ido Mr. Godin al Perú), al conde de Maurepas una segur vieja de cobre peruano endurecido, y que habiéndola observado el conde Caylus, declaró que casi era igual en dureza á las armas antiguas de cobre, de que se servían los griegos y los romanos, los cuales no empleaban el hierro en muchos usos á que nosotros lo aplicamos en la actualidad, ó porque entónces era más escaso, ó porque sabían templar mejor el cobre que el acero." Finalmente, añade que el conde de Caylus, admirado de la perfeccion de aquel trabajo, se persuadió (engañado por el mismo Mr. de Paw) que la segur no era obra de aquellos peruanos embrutecidos, que los españoles encontraron en tiempo de la conquista, sino de otra nacion más antigua y más industriosa.

De todo esto que dice el investigador, saco yo cuatro consecuencias importantes: 1.^a Que los americanos tuvieron el honor de imitar en el temple del cobre á las dos naciones más célebres del antiguo continente. 2.^a Que obraron sensatamente en no hacer uso del hierro, siendo el que tenían tan inferior que ni aun podía servir para hacer clavos, y sirviéndose en su lugar de un cobre al que sabían dar el temple del acero. 3.^a Que si ignoraron el arte comunísimo de elaborar el hierro, poseían el singularísimo de templar el cobre como el acero, que no han sido parte á restaurar los filósofos europeos del siglo ilustrado. 4.^a Que tanto se engañó el conde de Caylus en el juicio que formó de los peruanos, cuanto Mr. de Paw en el que ha hecho de todos los pueblos de América. Tales son las consecuencias legítimas que deben deducirse de la doctrina de nuestro filósofo sobre el uso del hierro, y no la falta de industria que es la que él infiere. Quisiera preguntarle si se necesita mayor industria para trabajar el hierro como lo trabajan los europeos, que para trabajar sin hierro toda clase

de piedras y maderas, fabricar muchas especies de armas, y hacer, como ellos hacían, los más curiosos trabajos de oro, plata y piedras preciosas. El uso determinado del hierro no prueba un alto grado de industria en las naciones europeas. Inventado por los primeros hombres, fácilmente pasó á sus descendientes, y como los americanos modernos lo recibieron de los europeos, así éstos lo recibieron de los asiáticos. Los primeros pobladores conocieron sin duda el uso del hierro; pues su invención es casi coetánea al principio del género humano. Pero yo no dudo de la probabilidad de la conjetura que expuse en mi primera Disertación, á saber: que no habiendo hallado desde luego las minas de aquel metal en los países del Norte, donde entónces se establecieron, se fué poco á poco extinguiendo su memoria en las generaciones sucesivas.

Pero, finalmente, si son bárbaros los que no conocen el uso del hierro, ¿qué serán los que desconocen el del fuego? Ahora bien; en toda la extensión de la América no se ha encontrado un solo pueblo, ni una sola tribu, por bárbara que fuese, que no conociera el modo de hacer fuego y el de aplicarlo á los usos comunes de la vida; pero en el mundo antiguo se han visto gentes tan estúpidas, que no tenían la menor idea de la aplicación de aquel elemento. Tales eran los habitantes de las islas Marianas, á los cuales era enteramente extraño ántes de la llegada de los españoles, como lo testifican los historiadores de aquellos países. Y con todo eso, ¿querrá hacernos creer Mr. de Paw que los pueblos americanos son más salvajes que los más toscos del mundo antiguo?

Por lo demás, tanto se engaña nuestro investigador en lo que dice del hierro americano, como en lo que piensa del cobre. En México, en Chile y en otros muchos países de América, se han descubierto innumerables minas de hierro de buena calidad; y si no hubiera estado prohibida su elaboración, para no perjudicar al comercio de España, podría la América suministrar á Europa todo el hierro de que necesita, como hace con el oro y con la plata. Si Mr. de Paw hubiese sabido investigar filosóficamente las cosas de América, hubiera hallado en el cronista Herrera que aun en la isla española había hierro mejor que el de Vizcaya. También habría visto en el mismo autor, que en Zacatula, provincia marítima de México, conocían dos especies de cobre: uno duro, de que se servían en lugar de hierro para hacer segures, hachas y otros instrumentos militares y agrícolas; y otro ordinario y flexible, que empleaban en ollas, pucheros y otros vasos para los usos domésticos: así que, no necesitaban del ponderado secreto de los pueblos antiguos. El amor á la verdad me obliga á defender los progresos reales de la industria americana, y á rechazar las invenciones imaginarias que se atribuyen á las naciones del Nuevo-Mundo. El secreto que verdaderamente poseían, era el que menciona Oviedo, testigo ocular y muy práctico é inteligente en metales. "Los indios, dice, saben dorar bastante bien los vasos de cobre ó de oro bajo, y les dan un color tan excelente y tan encendido, que parece oro de 22 quilates y más. Lo hacen con ciertas yerbas. Este trabajo tiene tan buen efecto, que si algun platero de España ó de Italia poseyese el secreto, no necesitaba más para enriquecerse."

ARTE DE CONSTRUIR BUQUES Y PUENTES, Y DE HACER CAL.

Si á otras naciones puede echarse en cara la ignorancia de las construcciones navales, esta reconvencción sería injusta dirigida á los Mexicanos; porque no habiéndose hecho dueños de las costas del mar sino en los últimos tiempos de

su monarquía, no tuvieron necesidad ni ocasión de pensar en aquel adelanto. A los pueblos que ocupaban las playas de ambos mares ántes que llegasen á ellas los Mexicanos, bastaban aquellas barcas de que se servían para la pesca y para su comercio con las provincias vecinas; porque exentos de codicia y de ambición, que son por lo común las causas de las navegaciones largas, no aspiraban á usurpar á otras naciones lo que legítimamente poseían, ni querían transportar de países remotos los metales que no les hacían falta. Los romanos, á pesar de haber fundado su metrópoli tan próxima al mar, estuvieron 500 años¹ sin construir buques, hasta que la ambición de ensanchar sus dominios y de apoderarse de la Sicilia, los impulsó á proporcionarse los medios de pasar el estrecho. ¡Qué extraño es, pues, que las naciones americanas, que no sentían aquellos estímulos para abandonar su patria, no inventasen buques en que poder trasladarse á países remotos! Lo cierto es que la falta de construcciones navales no arguye falta de industria en los pueblos que no las necesitaban.

No puede decirse lo mismo de la invención de los puentes. Mr. de Paw afirma que "no había un solo puente de piedra en toda la América cuando fué descubierta," porque los americanos no sabían fabricar arcos, y que "el arte de hacer cal fué enteramente desconocido en aquellos pueblos:" tres proposiciones que son otros tantos errores clásicos. Los Mexicanos sabían hacer puentes de piedra, y entre los restos de su antigua arquitectura se ven hoy día en el río de Tula los grandes y fuertes pilares del puente que allí había. Los restos de los antiguos palacios de Texcoco, y aun mucho más, los *temascalli* ó hipocaustos, descubren el uso antiguo de los arcos y de las bóvedas en las naciones de Anáhuac. Diego Valdés, que permaneció 30 años en México, á donde fué poco tiempo después de la conquista, nos muestra en su *Retórica Cristiana* la imágen de un templo pequeño, que él mismo vió, y que no deja duda sobre esta materia.

Sobre el uso de la cal, es necesario todo el arrojito de Mr. de Paw para asegurar, como asegura, que el secreto de hacerla era desconocido en toda la América; pues consta, no ménos por la deposición de los conquistadores españoles que por la de los primeros misioneros, que no solo usaban cal las naciones de México, sino que blanqueaban muy bien las casas y los templos, y pulían primorosamente los muros. En las obras de Bernal Díaz, de Gomara, de Herrera, de Torquemada y de otros, se ve que los primeros españoles que entraron en la ciudad de Cempoala, creyeron que eran de plata los muros del palacio principal, error á que dió lugar el bruñido resplandeciente de sus paredes. Últimamente, de las pinturas de tributos que están entre las de la *Colección* de Mendoza, se infiere que las ciudades de Tepeyacac, Tecamachalco, Quecholac, etc., pagaban anualmente al rey 4,000 sacos de cal. Pero aunque no existiera ninguno de estos documentos, bastarían á demostrar el conocimiento que los Mexicanos tenían de la cal, y á confundir la temeridad de Mr. de Paw, las ruinas de los edificios antiguos que se ven en Texcoco, en Mictlan, en Guatusco y en otros muchos puntos de aquel territorio.

Con respecto al Perú, aunque el P. Acosta confiesa que aquellos pueblos no conocían el arte de hacer cal, ni sabían construir arcos ni puentes de piedra, y aunque este solo dato bastase á Mr. de Paw para decir, según su execrable ló-

¹ "Appio había empleado toda la diligencia posible en acudir al socorro de los mamertinos. Para conseguirlo era necesario pasar el estrecho de Mesina, y la empresa era no solo temeraria sino peligrosa, y según todas las apariencias, imposible. No tenían los romanos armada naval sino barcas groseramente construidas, por el estilo de las canoas de los indios."—Rollin, Hist. Rom., lib. XI.

gica, que el uso de la cal era ignorado en toda la América, con todo, el mismo Acosta, que no era hombre vulgar, ni exagerador, ni parcial de los americanos, alaba la maravillosa industria de los peruanos en sus puentes de *totorá*, ó sea junco, en la embocadura del lago de Titicaca, y en otros puntos donde la gran profundidad del agua no permite la construcción de obras de mampostería, y donde la rapidez de la corriente hace peligroso el uso de los barcos. Asegura haber pasado por aquellos puentes y encarece la seguridad y facilidad del paso. Mr. de Paw se aventura á decir que los peruanos no conocían ni aun los rudimentos de la navegación; que no sabían hacer ventanas en los edificios, y aun sospecha que no tenían techos en las casas; despropósitos de los más ridículos que pueden ofrecerse á la imaginación de un escritor de cosas de América. Da á entender que no sabe lo que son *bejuco*s y que no ha formado idea exacta de los ríos de la América Meridional. Mucho podría decirse acerca de esta extraña confesión; pero tenemos asuntos más importantes que discutir.

FALTA DE LETRAS.

Ninguna nación americana conocía el arte de escribir, si por arte de escribir se entiende el de expresar en papel, pergamino, tela ú otra materia semejante, cualquiera especie de palabras, con la diferente combinación de algunos caracteres; pero si el arte de escribir es el de significar, representar ó dar á entender las cosas ó las ideas á los ausentes y á la posteridad, con figuras, geroglíficos ó caracteres, no hay duda que este arte era conocido y estaba en gran uso entre los Mexicanos, los Acolhuas, los Tlaxcaltecas y todas las naciones de Anáhuac que habían salido del estado de barbarie. El conde de Buffon, para demostrar que la América era una tierra enteramente nueva y nuevos también los pueblos que la habitaban, alega, como he dicho en otra parte, que "aun aquellas naciones que vivían en sociedad, ignoraban el arte de transmitir los hechos á la posteridad, por medio de signos durables, á pesar de haber descubierto el de comunicarse de lejos y de escribirse unos á otros por medio de nudos." Pero el arte que empleaban para hablar á los ausentes ¿no podía también servir para hablar á la posteridad? ¿Qué eran las pinturas históricas de los Mexicanos, sino signos durables que transmitían la memoria de los sucesos á los lugares y á los tiempos remotos? El conde de Buffon se muestra tan ignorante en la historia de México como sabio en la historia natural. Mr. de Paw, aunque concede á los Mexicanos el arte que tan injustamente les niega el conde de Buffon, sin embargo, para desacreditarlos, alega innumerables desatinos, algunos de los cuales no puedo pasar por alto.

Dice, pues, "que los Mexicanos no usaban de geroglíficos; que sus pinturas no eran otra cosa que representaciones toscas de los objetos; que para figurar un árbol, pintaban un árbol; que en sus pinturas no se descubre la menor traza de claro oscuro, ni la menor idea de perspectiva, ni de imitación de la naturaleza; que no habían hecho el menor progreso en el arte que empleaban en perpetuar la memoria de los sucesos; que la única copia de pinturas históricas mexicanas sustraídas al incendio que hicieron los primeros misioneros, fué la que el primer virrey de México envió á Carlos V, la cual publicaron después Purchas en Inglaterra y Thevenot en Francia; que esta pintura es tan grosera y tan mal ejecutada, que no se puede discernir si trata, como dice el intérprete, de ocho reyes de México, ó de ocho concubinas de Moteuczoma," etc.

En todo esto se muestra la ignorancia del investigador, y de su ignorancia nace su temeridad. Pero ¿deberá darse mayor crédito á un filósofo prusiano, que solo ha visto los malos dibujos de Purchas, que á los que han visto y estudiado diligentemente muchas pinturas originales de los Mexicanos? Mr. de Paw no quiere que los Mexicanos se sirviesen de geroglíficos, porque no se piense que les concede alguna semejanza con los antiguos egipcios. El P. Kirker, célebre investigador y encomiador de las antigüedades de aquel pueblo, en su obra intitulada *Œdipus Ægyptiacus*, y Adriano Walton, en los prolegómenos de la Biblia Políglota, opinan del mismo modo que Mr. de Paw, y su opinión no tiene otro apoyo que las estampas del mismo Purchas; pero Motolinia,¹ Sahagun, Valadés, Torquemada, Enrique Martínez, Sigüenza y Boturini, que supieron la lengua mexicana, que consultaron á los indios, que vieron y estudiaron con esmero un número considerable de sus pinturas antiguas, dicen que uno de los medios que los Mexicanos empleaban para representar los objetos, eran los geroglíficos y las pinturas simbólicas. Lo mismo testifican Acosta y Gomara en sus Historias; el Dr. Eguiara en su erudito prefacio de la Biblioteca Mexicana, y los doctos españoles que publicaron con grandes adiciones la obra de Gregorio García *sobre el origen de los indios*. El Dr. Sigüenza impugnó victoriosamente al P. Kirker, en su *Teatro de virtudes políticas*. Lo cierto es que Kirker se contradice manifiestamente; pues en el primer tomo de la citada obra *Œdipus Ægyptiacus*, confrontando la religión de los egipcios con la de los Mexicanos, confiesa claramente que las partes de que se componía la imagen del dios *Huitzilopochtli*, tenían muchas significaciones, que eran otros tantos arcanos y misterios. Acosta, cuya historia alaba tan justamente Mr. de Paw, en la descripción que hace de aquella imagen, dice: "Todos estos ornatos que hemos dicho, y lo demás, que era bastante, tenían sus significaciones particulares, segun declaraban los Mexicanos;" y en la descripción del ídolo de Tezcatlipoca, se expresa en estos términos: "Sus cabellos estaban atados con una cuerdecilla de oro, de cuyas extremidades pendía una oreja del mismo metal, con ciertos vapores de humo pintados en ella, los cuales significaban los ruegos de los atribulados y de los pecadores que aquel dios escuchaba, cuando se encomendaban á él. En la mano izquierda tenía un abanico de oro, adornado con hermosas plumas verdes, azules y amarillas, tan relucientes que parecían un espejo: en lo que daban á entender que en aquel se veía todo lo que pasaba en el mundo. En la mano derecha tenía cuatro saetas para significar el castigo que daba á los delincuentes por sus atentados, etc." ¿Qué son estas y otras semejantes insignias de los dioses mexicanos, de que hablo en el libro VI de la Historia, sino geroglíficos y signos no muy diferentes de los que usaban los antiguos egipcios?

Mr. de Paw dice que para significar un árbol, pintaban un árbol. Hágame el favor de decirme ¿qué es lo que pintaban para representar el día, la noche, el mes, el año, el siglo, los nombres de las personas, y otras mil cosas que no tienen tipos fijos en la naturaleza? ¿Cómo podían representar el tiempo, si no es por medio de un geroglífico ó emblema? "Tenían los Mexicanos, dice Acos-

¹ Toribio de Motolinia en sus MSS, especialmente en la exposición del *calendario mexicano*. Bernardino Sahagun en su *Diccionario Mexicano*. Diego Valadés, en su *Relóbrica Cristiana*. Enrique Martínez en su *Historia de la Nueva-España*. Sigüenza en su *Ciclografía Mexicana* y en su *Teatro de virtudes políticas*. Torquemada en su *Monarquía Indiana*. Valadés trató á los Mexicanos 30 años; Torquemada más de 40; Motolinia 45 y Sahagun 60. Este fué el hombre más instruido en los secretos de aquella nación. Se necesita gran orgullo para fiarse más á sus propias luces, y estas escasas, que á las de tantos hombres doctísimos.